

Este libro contiene tres ensayos de ECONOMIC BACKWARD-  
NESS IN HISTORICAL PERSPECTIVE y dos ensayos de  
CONTINUITY IN HISTORY

EL ATRASO ECONÓMICO  
EN SU PERSPECTIVA HISTÓRICA



Cubierta: Alberto Corazón

H6335  
646

ECONOMIA

© 1962 y 1968: the President and Fellows of Harvard College.

© 1970 de la traducción castellana para España y América:  
Ediciones Ariel, S. A., Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Dep. legal: B-24.286-1970

Impreso en España

1978. - Ariel, S. A., Av. J. Antonio, 134-138, Esplugues de Llobregat - Barcelona

Q 103412

Ensayo publicado en el libro *El atraso económico en su perspectiva histórica*, de A. Gerschenkron, Ariel, Barcelona, 1968, págs. 15-38. (Traducción castellana de M.ª Soledad Bastida.)

Puede que una aproximación histórica a los problemas actuales requiera ciertas palabras de explicación. Los historiadores modernos, a diferencia de muchos de sus predecesores, ya no anuncian al mundo lo que sucederá inevitablemente, o por lo menos, lo que idealmente debería suceder. Ahora somos más modestos. El fervor profético estaba destinado a desaparecer juntamente con la fe, un tanto infantil, en un pasado perfectamente comprensible y cuyo flujo estuviese determinado por alguna ley histórica de carácter general y excesivamente sencilla. Entre la afirmación de Séneca sobre la certeza absoluta de nuestro conocimiento del pasado y la descripción de la historia hecha por Goethe, al considerarla como un libro que debe guardarse bajo siete llaves por toda una eternidad; entre el *omnia certa sunt* del primero y el *ignorabimus* del segundo, el relativismo histórico moderno avanza con precaución. Los historiadores contemporáneos comprenden demasiado bien que el entendimiento del pasado — y esto por fuerza significa el pasado mismo — cambia de continuo según el énfasis, el interés y el punto de vista del historiador. Ya no se busca que el flujo de los acontecimientos humanos quede determinado de una forma tan omnipresente e invariable como el movimiento de los planetas, y ya no se considera

necesario que los procesos históricos tengan una consistencia férrea. Pero juntamente con lo que John Stuart Mill llamó una vez "la esclavitud de las circunstancias antecedentes", se han demolido los grandes puentes entre el pasado y el futuro, sobre los que la mentalidad del siglo XIX se movía segura y confiada.

¿Significa esto acaso que la historia no pueda contribuir en nada al entendimiento de los problemas actuales? La aproximación histórica consiste esencialmente en la aplicación de diversas generalizaciones hipotéticas obtenidas empíricamente a un material conseguido de la misma manera, y en la comprobación de la solidez del ajuste resultante, con la esperanza de que de esta forma puedan descubrirse ciertas uniformidades, algunas situaciones típicas y las relaciones más características entre los factores individuales que surgen en las mismas. Pero nada de esto conduce por sí solo a deducciones sencillas, sino que todo lo que de esta forma puede conseguirse es extraer del gran almacén del pasado preguntas inteligentes que puedan formularse a los materiales actuales. La importancia de esta contribución no debe ser exagerada, pero tampoco menospreciada, ya que una comprensión adecuada de los problemas actuales dependerá en gran parte de la amplitud de nuestro marco de referencia. La insularidad supone una limitación a la comprensión, y cuando ésta se refiere al pensamiento — el aislamiento en el pensar — no es una característica de ninguna área geográfica especial, ni constituye únicamente un problema espacial, sino que también lo es temporal. Todas las decisiones en el campo de la política económica se refieren esencialmente a combinaciones de cierto número de factores relevantes, y la contribución

del historiador consiste en señalar los factores "potencialmente" importantes, y las combinaciones entre los mismos que pueden resultar "potencialmente" significativas, y que no podrían descubrirse fácilmente dentro de una esfera experimental más limitada. Éstas son las preguntas; por lo que se refiere a las respuestas, el problema cambia bastante. Ninguna experiencia pasada, por rica que sea, ni ningún tipo de investigación histórica, cualquiera que sea la profundidad con que se haya realizado, pueden ahorrar a la generación actual la labor creadora de buscar por sí mismos sus respuestas y de labrar su futuro. Por ello, las observaciones siguientes no pretenden más que señalar ciertas relaciones que se han dado en el pasado y cuya consideración puede resultar de utilidad para las discusiones actuales.

#### LOS COMPONENTES DEL ATRASO

Una buena parte de nuestro pensamiento sobre la industrialización de los países atrasados aparece — consciente o inconscientemente — dominada por la gran generalización marxista, según la cual, la historia de los países industriales avanzados o establecidos señala a los atrasados el camino que han de seguir en su desarrollo. "El país que desde el punto de vista industrial está más adelantado, proporciona al que lo está menos una imagen de lo que constituirá su futuro."<sup>1</sup> No hay duda de que si enfocamos el problema en forma amplia, encontramos que esta generalización tiene

1. Karl Marx, *Das Kapital* (1.ª ed.), prólogo.

validez. Es cierto que durante el período comprendido entre la mitad y el final del siglo pasado, Alemania siguió el camino que Inglaterra había tomado con anterioridad, pero, a pesar de esto, no deberíamos aceptar por completo la citada generalización, ya que nos arriesgamos a que la media verdad que la misma contiene, oculte la otra mitad; esto es, que por el mero hecho de su atraso, el desarrollo de un país atrasado puede diferir fundamentalmente, en muchos e importantes aspectos, del seguido por un país avanzado.

Este ensayo trata fundamentalmente de demostrar que existen numerosos ejemplos históricos importantes en los que puede comprobarse que los procesos de industrialización, cuando por fin se han iniciado en un país atrasado, presentan diferencias considerables con los seguidos por la mayor parte de los avanzados, no sólo por lo que se refiere al ritmo de desarrollo — ritmo de crecimiento industrial —, sino también por lo que respecta a las estructuras de producción y organización de la industria que resultan de dichos procesos. Además, estas diferencias en el carácter y ritmo del desarrollo industrial son en gran parte el resultado de haber aplicado instrumentos institucionales imposibles, o por lo menos muy difíciles de encontrar, en países industriales establecidos. Por otra parte, el clima intelectual en el que la industrialización tiene lugar, su "espíritu" o "ideología", difiere considerablemente entre ambos grupos de países. Por último, este ensayo trata de determinar hasta qué punto estas características del atraso que se han hallado en casos individuales, han variado directamente con respecto al grado de atraso y a la potencialidad industrial natural de los países a los que se refieren.

Vamos a empezar por describir en forma general unos cuantos elementos básicos de los procesos de industrialización en los países atrasados, tal como vienen sintetizados por la información histórica disponible sobre el desarrollo económico de los países europeos, durante el siglo XIX y la parte del XX que comprende hasta el principio de la primera guerra mundial. Además, basándonos en ejemplos concretos, trataremos con una mayor amplitud de los efectos producidos por lo que podría llamarse el "atraso relativo", sobre el curso del desarrollo industrial en los países individualmente considerados.

Puede decirse que la situación típica existente en un país atrasado con anterioridad a la iniciación de un proceso de industrialización importante, se caracteriza por la tensión existente entre el estado real de las actividades económicas en el país y los obstáculos que se oponen al desarrollo industrial, por un lado, y la gran promesa que ese desarrollo lleva consigo, por otro. Está claro que la magnitud de las oportunidades que la industrialización lleva aparejadas depende de la riqueza de recursos naturales con la que el país en cuestión cuenta y que, además, mientras persista la existencia de ciertos obstáculos institucionales de gran

2. Hubiese sido extraordinariamente interesante haber rebasado la experiencia europea, incluyendo, por lo menos, ciertas referencias a la industrialización del Japón. Pero, desgraciadamente, el conocimiento del autor sobre la historia económica japonesa le ha impedido ampliar el campo de sus observaciones. Sin embargo, el lector puede acudir al excelente estudio, *Capital formation in Japan, 1868-1940* (Glencoe, 1961), realizado por Henry Rosovsky, en el cual se discute explícitamente la validez de la aproximación del autor, para el caso de la historia industrial japonesa.

importancia —tales como la servidumbre del campesinado, o una larga ausencia de unidad política—, no resultará posible llevar a cabo ningún tipo de industrialización, y, por lo tanto, no surgirá ninguna "tensión".

Suponiendo que el país en cuestión esté adecuadamente dotado en recursos utilizables y que se hayan eliminado los grandes obstáculos que se oponen a la industrialización, puede decirse que las oportunidades que esta última lleva implícitas están directamente relacionadas con el grado de atraso del país. Así, cuanto más grande sea el bagaje de innovaciones tecnológicas que el país atrasado pueda tomar del adelantado, la promesa que la industrialización encierra es también mayor. El hecho de poder copiar la técnica —factor que Veblen acentuó tan adecuadamente— es uno de los elementos que más pueden contribuir a asegurar a un país que inicia su industrialización, la consecución de un ritmo rápido en un desarrollo. En este sentido, es posible comprobar que siempre se ha dado una tendencia a despreciar al país atrasado por su falta de originalidad: así los ingenieros de minas alemanes del siglo xvi acusaban a los ingleses de no ser más que imitadores de sus propios métodos, mientras que durante el período que comprende los años cincuenta y sesenta del siglo pasado fueron los británicos los que devolvieron ampliamente estos cargos. En nuestros días, se ha acusado a la Unión Soviética de ser totalmente imitadora en su desarrollo industrial; a lo cual han respondido los rusos con unas pretensiones extraordinarias y un tanto extrañas. Pero todo esto resulta superfluo y no hace sino empañar el hecho básico de que con el paso del tiempo, la posibilidad de hacer

grandes importaciones de maquinaria y conocimiento técnico del extranjero y las oportunidades que como consecuencia se producen para una industrialización rápida, hacen que aumente en forma creciente la sima que entre lo real y lo potencial existe en los países atrasados.

Desgraciadamente, las perspectivas de industrialización de un país subdesarrollado suelen considerarse con frecuencia basándose en el hecho del menor precio relativo que el trabajo suele tener con respecto al capital en estos países, y en la dificultad resultante para sustituir mano de obra abundante por capital escaso. Otras veces, por el contrario, suele decirse que el bajo precio alcanzado por el factor trabajo en los países atrasados, supone una gran ayuda para los procesos de industrialización. Sin embargo, la situación real es bastante más compleja de lo que puede parecer a la vista de simples modelos. En realidad, las condiciones varían de una industria a otra y de un país a otro; pero el factor que debe tenerse principalmente en cuenta es que una mano de obra industrial, en el sentido de un grupo estable, formal y disciplinado, que ha cortado el cordón umbilical que le tenía sujeto a la tierra y cuya utilización en las fábricas resulte adecuada, no es abundante, sino que, por el contrario, resulta extraordinariamente escasa en un país sin desarrollar. La creación de una fuerza de trabajo industrial que sea realmente digna de tal nombre es un proceso largo y difícil en extremo. A este respecto, la historia industrial rusa proporciona algunos ejemplos notables. La mayoría de obreros industriales alemanes del siglo xix habían sido educados en la estricta disciplina del Estado junker, lo cual, sin duda, les hacía

más dóciles para aceptar la rigurosidad de las reglas que habían de seguirse en las fábricas, y, sin embargo, las dificultades fueron grandes. Podemos evocar así las miradas entre envidiosas y admirativas que los escritores alemanes, como Schulze-Gaevernitz, lanzaban hacia finales del siglo pasado a través del Canal, al obrero industrial inglés, "el hombre del futuro... nacido y educado para la máquina... sin igual en el pasado". Actualmente, los informes facilitados por las industrias en la India demuestran que los apuros pasados por las industrializaciones europeas en lo que respecta a la oferta de trabajo, se están repitiendo allí con mayor intensidad.

En tales condiciones y basándonos en las industrializaciones que han tenido lugar, cabe aventurar la afirmación de que es principalmente mediante la aplicación de las técnicas más modernas y eficaces como los países atrasados pueden esperar alcanzar el éxito en sus procesos industriales, particularmente cuando éstos se realicen frente a la competencia de un país avanzado, ya que el efecto producido por el uso de este equipo superior, en cuanto al ahorro de mano de obra no sólo no contrarresta, sino que refuerza todas las demás ventajas obtenidas por su aplicación. Quizás esto explique la tendencia observada en los países atrasados a concentrarse, cuando todavía están en una fase de industrialización temprana, en el desarrollo de las ramas industriales en las que se han registrado progresos tecnológicos más recientes y más rápidos que en las otras; mientras que a medida que se trata de países más adelantados, bien por inercia o por la falta de deseo para requerir o imponer los sacrificios que un gran programa de inversión lleva implícitos, dudan más para aco-

meter una modernización de sus plantas que tenga un carácter continuo. Se percibe claramente que esta política tiene unos límites, siendo uno de ellos la incapacidad en la que se encuentra un país sin desarrollar para extender tal proceder a las ramas de la producción que requieren un adiestramiento tecnológico altamente especializado. Así puede verse que, a excepción de los Estados Unidos, a los países atrasados les costó asimilar la producción de maquinaria moderna. Pero, por otra parte, la producción de hierro y acero constituye un ejemplo en el que puede comprobarse la tendencia a introducir las innovaciones más modernas, resultando interesante observar cómo los altos hornos alemanes aventajaron rápidamente a los ingleses, mientras que en los primeros años de este siglo los altos hornos de la Rusia meridional, zona todavía más atrasada, dejaban atrás al equipo de sus oponentes alemanes. Recíprocamente, en el siglo XIX, ni Alemania ni ningún otro país podía disputar a Inglaterra la superioridad en lo referente a la producción textil.

La utilización de las técnicas modernas, en las condiciones del siglo XIX, hizo necesario que se aumentase en una medida bastante considerable — como en el caso de los altos hornos que acabamos de mencionar — el tamaño medio de las plantas, pudiendo encontrarse ejemplos de esta tendencia a acentuar la amplitud de tamaño en la historia de la mayor parte de los países del continente europeo. Sin embargo, la industrialización europea revela una inclinación hacia otro tipo de "grandeza". El término "revolución industrial" ha sido objeto de críticas numerosas y justificadas, pero si se considera que estas dos palabras sólo sirven para designar los casos en los que se han

registrado aumentos repentinos y considerables en la tasa de crecimiento industrial, no hay ninguna duda de que en varios casos importantes el desarrollo industrial empezó de esta forma eruptiva y súbita, o, lo que es lo mismo, de manera "revolucionaria".

Esta discontinuidad no fue accidental, sino que era lo que más probabilidades tenía de suceder en tanto que no se pudiese poner fin al período de estancamiento —en el sentido fisiocrático de un período con tasas de crecimiento bajas— y no se pudiera conseguir que los procesos de industrialización comenzasen únicamente cuando pudiesen continuar su movimiento a lo largo de un amplio campo, en el que se pusiesen simultáneamente en funcionamiento muchos sectores de la actividad económica. Esto es en parte el resultado de las indivisibilidades y complementariedades que el proceso económico encierra. No es posible construir vías férreas si al mismo tiempo no se ponen en explotación minas de carbón; y cuando sea necesario comunicar un centro interior con un puerto, no será posible dejar inacabada la construcción de un ferrocarril. Los frutos del progreso industrial en ciertas ramas de la producción suponen economías externas para otros sectores, cuyo desarrollo proporciona a su vez beneficios a los primeros. Al examinar la historia económica de Europa durante el siglo XIX, se tiene la impresión fundada de que la tensión que debe darse entre las condiciones de preindustrialización y los beneficios derivados de la misma sólo pasa a ser lo suficientemente fuerte como para vencer los obstáculos existentes y liberar las fuerzas que contribuyen al progreso industrial, cuando puede iniciarse el desarrollo a gran escala.

Este aspecto del desarrollo puede concebirse en términos de la relación entre "reto" y "respuesta", establecida por Toynbee, ya que parece que su observación general de que los retos pequeños no producen frecuentemente ninguna respuesta, mientras que el volumen de estas últimas comienza a crecer rápidamente —por lo menos hasta un punto— a medida que lo hacen las primeras, resulta aquí de gran aplicación. El reto, es decir, "la tensión", debe ser considerable antes de que llegue a materializarse una respuesta en términos de desarrollo industrial.

La intención con la que se ha realizado la descripción precedente ha sido enumerar ciertos factores básicos que históricamente han sido característicos de las situaciones por las que han atravesado las economías de los países atrasados, y que han contribuido a lograr un ritmo superior de crecimiento y una diferenciación en la estructura productiva de las industrias. Sin embargo, el efecto producido por estos factores básicos ha sido ampliamente reforzado por el uso en estos países de determinados instrumentos institucionales y por la aceptación de ideologías de industrialización específicas. En las partes siguientes vamos a examinar algunos de estos factores característicos, así como su funcionamiento sobre diferentes niveles de atraso.

## LOS BANCOS

La historia del Segundo Imperio en Francia proporciona ejemplos notables sobre estos procesos. El advenimiento de Napoleón III puso fin a un largo período de estancamiento económico relativo, que había

comenzado con la restauración de los Borbones y que, hasta cierto punto, era el resultado de las políticas industriales seguidas por Napoleón I. Por medio de una política de reducción de derechos arancelarios y eliminación de las prohibiciones a la importación que culminó en el tratado Cobden-Chevalier de 1860, el gobierno francés destruyó el invernadero en el que durante varias décadas se había mantenido a la industria francesa, exponiéndola a la estimulante atmósfera de la competencia internacional; y mediante la abolición de los beneficios monopolísticos en la producción de carbón y hierro que estaba ya estancándose, consiguió por fin facilitarle el acceso a las primeras materias industriales básicas.

El desarrollo industrial de Francia bajo Napoleón III debe atribuirse en gran parte a este esfuerzo encaminado a desatar la camisa de fuerza en la que la acción de gobiernos débiles e intereses creados muy fuertes habían encerrado a la economía francesa. Pero, además de estas políticas del gobierno, que esencial aunque no exclusivamente eran de tipo negativo, la industria francesa recibió un poderoso impulso positivo procedente de la banca industrial.

Raras veces se ha apreciado adecuadamente la importancia de este desarrollo, no habiéndose tampoco sabido comprender que el mismo se trataba de algo derivado de las condiciones especiales de una economía relativamente atrasada. La historia del *Crédit Mobilier* y de los hermanos Pereire se considera a menudo como un episodio dramático, pero en conjunto insignificante. Con demasiada frecuencia, como sucede por ejemplo en las vigorosas novelas de Émile Zola, la significación real de los desarrollos queda borrada casi

por completo por la descripción de la fiebre especulativa, la corrupción y la inmoralidad que los acompañaban. Pero parece ser que estaremos mucho más de acuerdo con los hechos si decimos que la inversión bancaria de este período desempeñó un papel verdaderamente trascendental en la historia económica francesa, y también en la de grandes áreas del continente europeo.

Se da por descontado que al decir todo esto se tienen en cuenta los efectos inmediatos producidos por la creación de organizaciones financieras destinadas a construir miles de millares de vías férreas, a perforar minas, erigir fábricas, abrir canales, construir puertos y modernizar ciudades. Los riesgos corridos por los hermanos Pereire y otros pocos fueron los que consiguieron todo esto, no sólo para Francia, sino también más lejos de sus fronteras en extensas zonas que se extendían desde España hasta Rusia. Sin embargo, cuando tuvo lugar este enorme cambio en el paisaje económico, sólo hacía unos pocos años que un gran hombre de estado y un insigne historiador de la monarquía de Julio, habían asegurado al país que no era necesario reducir los derechos arancelarios sobre el hierro, debido a que la producción francesa de este metal, funcionando bajo un régimen proteccionista, podría hacer frente a las futuras necesidades de hierro a que la construcción de ferrocarriles diese lugar; y para hacer esta afirmación, se habían basado en el supuesto de que el incremento de construcción alcanzaría una cifra anual que oscilaría entre los 24 y 32 kilómetros anuales. No obstante, y a pesar de la importancia de lo que unos cuantos hombres extraordinariamente emprendedores consiguieron en el terreno

de la realidad económica, el efecto que causaron en su medio ambiente no fue menos importante. Desde el principio, el Crédit Mobilier se comprometió en una pugna violenta con los representantes de la "vieja riqueza" en la banca francesa, especialmente con los Rothschild. Fue precisamente este conflicto el que en sus comienzos minó la fuerza de la institución y fue responsable del colapso eventual que sufrió en 1867. Pero lo sorprendente en este caso es que, en el curso del conflicto, la "nueva riqueza" consiguió hacer que la antigua adoptase la política de sus oponentes. Ante esta nueva competencia la vieja riqueza no pudo seguir limitándose por más tiempo en cuanto a actividades bancarias a la financiación de los empréstitos del Estado y a las transacciones con moneda extranjera. Si los Rothschild consiguieron adelantarse a los Pereire en el establecimiento del Crédit-Anstalt en Austria, ello se debió únicamente a que deseaban establecer el banco y dirigirlo con arreglo a las normas no ya de una anticuada empresa bancaria, sino de un "crédit mobilier", es decir, de un banco dedicado a ayudar a la construcción de ferrocarriles e industrialización del país.

Esta conversión de la "vieja riqueza" al credo de la nueva señala el curso de los efectos del Crédit Mobilier que habían de tener un mayor alcance. Con anterioridad, había existido ya este tipo de empresas arriesgadas en Bélgica, Alemania e incluso en Francia, pero fue el gran efecto eruptivo producido por los Pereire el que influyó profundamente en la historia de la banca europea continental, a partir de la segunda mitad del siglo pasado. El número de bancos que en diversos países adoptaron el modelo Pereire

fue considerable, pero mucho más interesante que sus imitaciones es la adaptabilidad creadora de la idea básica de los Pereire y su incorporación al nuevo tipo de banco universal, que en Alemania, al igual que en la mayor parte de los países del continente europeo, pasó a ser la forma bancaria imperante. La diferencia existente entre los bancos del tipo del Crédit Mobilier y los bancos comerciales operantes en los países avanzados de la época, es decir, Inglaterra, era absoluta. Entre los bancos ingleses destinados especialmente a servir de fuente de capital a corto plazo y un banco dirigido a la financiación de las necesidades de inversión a largo plazo de la economía existía un abismo. Los bancos alemanes —que pueden tomarse como ejemplo del tipo de banco universal— combinaron con éxito la idea básica del Crédit Mobilier con las actividades a corto plazo de los bancos comerciales.

Como consecuencia, resultaban unas instituciones muchísimo más seguras que las del Crédit Mobilier, con su enorme cartera industrial que excedía en mucho a su capital y dependiendo tanto de un desarrollo favorable de los acontecimientos en bolsa para poder continuar sus actividades. No obstante, los bancos alemanes, y con ellos los austríacos e italianos, mantenían estrechas relaciones con las empresas industriales. Tal como se decía, un banco alemán acompañaba a una empresa industrial desde la cuna hasta la tumba, desde su establecimiento hasta su liquidación, a través de todas las vicisitudes de su vida.

Mediante la idea de conceder préstamos, que si bien formalmente tenían un carácter a corto plazo, pero que se trataban en realidad de créditos de cuenta corriente a largo plazo, y haciendo que la institución

de los consejos supervisores se desarrollase hasta llegar a ser uno de los órganos más poderosos dentro de las organizaciones corporativas, los bancos adquirieron una ascendencia tal sobre las empresas industriales, que llegó a rebasar la esfera del control financiero para alcanzar la de las decisiones de dirección y empresa. La explicación de los detalles de este desarrollo quedan fuera del propósito de esta exposición, siendo aquí únicamente necesario relacionar sus orígenes y efectos con el tema que estamos tratando. La industrialización inglesa había tenido lugar sin haber utilizado sustancialmente la banca con el propósito de financiar la inversión a largo plazo. En este caso, el carácter más gradual del proceso de industrialización y la mayor acumulación del capital, derivada en un principio de los beneficios obtenidos en el comercio y de una agricultura más moderna, y más tarde de los conseguidos en la propia industria, hicieron innecesario el desarrollo de ningún tipo de institución especial para la provisión de capital a largo plazo. Por el contrario, en un país relativamente atrasado, el capital resulta escaso y difuso, existe una desconfianza considerable hacia las actividades industriales y, por último, la extensión del movimiento de industrialización, el mayor tamaño medio de la planta y la concentración de los procesos de industrialización en las ramas productivas en las que la relación capital-producto es relativamente alta, hacen que exista una mayor tendencia hacia el gran tamaño, hacia el desarrollo en gran escala en lugar de gradual. A todo esto debe añadirse el hecho de que en un país atrasado el talento empresarial suele ser escaso.

La presión ejercida por todas estas circunstancias

fue la que esencialmente dio lugar a un desarrollo divergente entre el sistema bancario que era común a la mayor parte del continente, y el imperante en Inglaterra. Las prácticas de la banca continental en el campo de la inversión industrial deben considerarse como instrumentos específicos de industrialización para un país atrasado. Aquí reside especialmente el emplazamiento geográfico e histórico de las teorías del desarrollo económico que asignan un papel fundamental a los procesos de ahorro forzoso generados por las actividades bancarias de creación de dinero. No obstante, y según lo que vamos a demostrar ahora, el uso de estos instrumentos no debe considerarse como característico de los países atrasados en general, sino sólo de aquellos en los que el atraso no exceda de ciertos límites, y aun tratándose de estos últimos y durante bastante tiempo, los bancos se limitaron fundamentalmente a la mera recaudación y distribución de los fondos disponibles. Por supuesto que esta circunstancia no disminuye la importancia fundamental que tiene el hecho de que los bancos realizasen este tipo de actividades durante las primeras fases de la industrialización, momentos en que las empresas industriales suelen atravesar por una escasez de capital tan extraordinaria.

Los efectos producidos por estas políticas tuvieron un gran alcance. Los bancos, por medio de unas actitudes deliberadas, acentuaron todas las tendencias básicas implícitas en el desarrollo industrial de los países atrasados, y así desde el comienzo de esta evolución se dirigieron principalmente hacia determinadas ramas de la producción, descuidando, cuando no excluyendo por completo, el resto. Si examinamos la economía ale-

mana en el período que se extiende hasta el comienzo de la primera guerra mundial, podemos observar que la esfera de actividades a que la banca alemana había pasado a dedicarse estaba principalmente constituida por minas de carbón, siderurgia, producción de maquinaria eléctrica general y producción química pesada. Mientras que la industria textil, la del cuero y la de productos alimenticios quedaban por completo al margen de sus intereses. Usando la terminología moderna, podemos decir que su atención se concentraba en la industria pesada.

Además, los efectos producidos por este modo de actuar no se limitaron a ejercer su influencia sobre la estructura productiva de la industria, sino que alcanzaron también a su organización. Las tres últimas décadas del siglo XIX se caracterizan por el rápido movimiento de concentración que se produjo en el sistema bancario. Es cierto que en la Gran Bretaña también se dio este fenómeno, pero aquí, debido a las diferentes relaciones existentes entre la banca y la industria, no se vio seguido por un desenvolvimiento similar en esta última.

En Alemania fue diferente. El gran impulso alcanzado por el movimiento de cartelización de la industria alemana no puede explicarse por completo, si no se considera como el resultado natural de la fusión de sus bancos. Fueron las uniones que se realizaron en el terreno bancario las que mantuvieron a éstos en un lugar desde el que podían controlar a las empresas competidoras y, desde éste, los bancos se negaban a admitir que se produjesen luchas fratricidas entre sus "pequeños". Desde su aventajada situación de control centralizado percibían con rapidez las oportunidades

ventajosas de cartelización y fusión de las empresas industriales. Durante este proceso, el tamaño medio de la planta se mantuvo en crecimiento, y, al mismo tiempo, los intereses y la ayuda de los bancos se concentraron todavía más que antes en aquellas ramas de la industria en las que las oportunidades de cartelización eran abundantes.

Por lo tanto, el hecho de haber llegado relativamente tarde al campo del desarrollo industrial, es decir, más tarde que Inglaterra, produjo a Alemania grandes ventajas. Pero, como consecuencia, y debido a los métodos específicos que puso en práctica para poder alcanzarle, la economía industrial alemana puso de relieve en su desarrollo características muy diferentes de las inglesas.

#### EL ESTADO

La experiencia alemana puede generalizarse a cierto número de países, como son Austria, o más exactamente la parte occidental del imperio austro-húngaro, Italia, Suiza, Francia y otros países, donde si bien se produjeron ciertas diferencias de tipo individual, en conjunto tuvo lugar un desarrollo similar. Pero existieron dos razones importantes que impiden que ésta se extienda a todo el continente europeo, y son: 1) la existencia de ciertos países atrasados en los que no cabe apreciar un desarrollo industrial de características parecidas, y 2) el hecho de que hubiera otras naciones en las que los elementos básicos del atraso aparecían tan acentuados que hacían necesaria la apli-

cación de unos instrumentos institucionales de industrialización completamente diferentes.

No es necesario hablar mucho sobre este primer tipo de país, del que el desarrollo industrial de Dinamarca puede servir de ejemplo apropiado. Seguramente, al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX, esta nación estaba todavía muy atrasada. De tal manera que no resulta posible observar ni súbitos brotes de industrialización, ni un interés especial por la industria pesada. Puede que las razones para que se diera esta diferencia radicasen en su escasez de recursos naturales, y en las grandes posibilidades de mejora agrícola que la proximidad del mercado inglés suponía. En este caso, la "respuesta" no pudo llegar a materializarse porque no hubo "reto".

Rusia puede considerarse como el ejemplo más representativo del segundo grupo de países. El rasgo característico de las condiciones económicas rusas, no sólo fue que el gran brote de la industrialización moderna prendiese a mediados de los años ochenta del siglo pasado, es decir, más de tres décadas después del comienzo de la industrialización alemana, sino lo que todavía resulta más importante: el hecho de que el nivel económico ruso, al iniciarse su desarrollo, fuese incomparablemente menor que el de otros países, tales como Alemania y Austria.

El gran atraso económico en el que Rusia se encontraba se debió principalmente al hecho de que la institución de la servidumbre superviviese hasta la emancipación de 1861. En cierto sentido, puede atribuirse a este único hecho el funcionamiento de un curioso mecanismo de atraso económico, sobre el que vamos a decir aquí algunas palabras. Durante el pro-

ceso de expansión territorial, que en unos pocos siglos convirtió el pequeño ducado de Moscú en la enorme masa de tierra que constituye la Rusia moderna, el país mantuvo continuas luchas militares con Occidente. Estas pusieron de relieve la existencia de un curioso conflicto interno entre las tareas del gobierno ruso —que eran modernas en el sentido que por aquel entonces se daba a esta palabra— y la economía del país, tan tremendamente atrasada, sobre la que habían de basarse estas políticas militares. Como consecuencia, el desarrollo ruso adoptó en numerosas e importantes ocasiones una forma secuencial bastante peculiar, que puede resumirse en lo siguiente: 1) el Estado, impulsado por su interés militar, pasó a ser el más importante propulsor del progreso económico del país; 2) esta subordinación del desarrollo a las exigencias militares confirió al curso del mismo un carácter particularmente espasmódico, rápido o lento según que las necesidades militares lo requirieran de una u otra forma; 3) este modo de proceder llevaba implícito que siempre que fuera necesario que se produjera un incremento en la actividad económica, se impusiera una carga muy pesada sobre la generación cuya vida coincidía con el período de intenso desarrollo; 4) con objeto de conseguir que los sacrificios requeridos se cumplieren con efectividad, el gobierno debía evitar que la población, que tan poco dispuesta se encontraba a realizarlas, los eludiese escapando a las regiones fronterizas del este y sudeste, sometiénola para ello a diversas medidas de opresión; 5) debido a la magnitud de las exigencias gubernamentales y a que los grandes esfuerzos requeridos rebasaban los límites establecidos por la resistencia física de la población, las consecuen-

cias inevitables de estos períodos de rápido desarrollo eran que se vieran seguidos por largas épocas de estancamiento económico. Puede que todas estas características del desarrollo económico ruso durante los siglos pasados, que acabamos de presentar en forma resumida, encajen mejor en el período de las reformas realizadas bajo el reinado de Pedro el Grande, pero su aplicación no debe en modo alguno limitarse al mismo.

Seguramente que al observador de este desarrollo le habrá llamado la atención su carácter paradójico. En efecto: cuando se trataba de adoptar las técnicas occidentales, y aumentar la producción y el adiestramiento de la población para que se acercasen más a los niveles que prevalecían en Occidente —como se hizo durante el reinado de Pedro el Grande—, era cuando, en muchos otros aspectos, y en virtud del esfuerzo realizado, Rusia quedaba más apartada del mundo que trataba de alcanzar. Hablando en términos generales puede decirse que el reverso de los procesos de "occidentalización" estaba constituido por el peso de la servidumbre que se imponía al campesinado ruso. Pedro el Grande no instituyó la servidumbre en Rusia, pero sin duda fue quien consiguió hacerla más efectiva. Cuando en épocas posteriores, y debido a las razones expuestas anteriormente en los puntos 2 y 5, el Estado dejó de promover el desarrollo económico en forma activa, la nobleza dejó de estar obligada a prestarle su ayuda, y el siervo campesino perdió su conexión con el desarrollo. A partir de entonces, lo que antes había sido un compromiso indirecto hacia el Estado, pasó a ser una obligación real hacia la nobleza, convirtiéndose como tal en el más importante de los

factores que influyeron en el atraso del desarrollo económico ruso.

Puede que, teniendo en cuenta que este proceso terminó con la emancipación del campesinado, los lectores de Toynbee deseen considerarlo como expresión de la relación entre "retirada" y "recompensa", o quizá, justificadamente, prefieran colocarlo bajo el encabezamiento de "civilizaciones arrestadas". En cualquier caso, el mecanismo reto-respuesta resulta verdaderamente útil cuando se piensa en este tipo de secuencias. No obstante, debe tenerse en cuenta que no se trata simplemente de un problema de relación cuantitativa entre el volumen del reto y el de la respuesta, sino que el punto crucial es que la magnitud del primero hace que cambie el carácter de la segunda, es decir, su *calidad*, y, de esta forma, no sólo introduce en el proceso económico factores de retraso importantes, sino que además es muy probable que conduzca a cierto número de consecuencias económicas indeseables. En la última parte de este ensayo volveremos a ocuparnos de este aspecto, el cual resulta extraordinariamente apropiado para los actuales problemas de industrialización en los países atrasados.

Volviendo a la industrialización rusa de los años ochenta y noventa del siglo pasado, podemos decir que en cierto sentido puede considerarse como una repetición de un modelo de desarrollo económico dado con anterioridad en el país; y que queda claramente diferenciado del alemán o austríaco por el papel que en el mismo desempeña el Estado.

A pesar de sus múltiples defectos, la emancipación de campesinos constituyó un prerrequisito absolutamente necesario para que se realizase la industrializa-

ción. Como tal, se trató de una acción negativa del Estado, destinada a hacer que desapareciesen los obstáculos que él mismo había creado con anterioridad, y que resultaba, por tanto, comparable a las reformas agrarias alemanas, o a la política seguida por Napoleón III/ a la cual ya nos hemos referido con anterioridad. De la misma manera, la finalidad de las grandes reformas jurídicas y administrativas de los sesenta era más bien crear un marco adecuado para el desarrollo industrial que promoverlo directamente.

Lo que aquí resulta más interesante es el hecho de que, a diferencia de lo sucedido en Europa occidental, este tipo de acciones no condujeron por sí mismas a impulsar las actividades individuales en el país, y así, durante casi más de un cuarto de siglo después de que tuviese lugar la emancipación, la tasa de crecimiento industrial continuó a un nivel muy bajo. El gran auge industrial se produjo a partir de mediados de los años ochenta, cuando la construcción estatal de ferrocarriles alcanzó proporciones sin precedentes, convirtiéndose en la palanca principal de una rápida política industrializadora. Utilizando medios diversos, tales como hacer que los pedidos de materiales necesarios para la construcción de ferrocarriles debieran hacerse preferentemente a los productores nacionales de este tipo de productos, política de precios elevados, concesión de subvenciones, créditos y garantías de beneficios a las nuevas empresas industriales, el gobierno no sólo consiguió una tasa alta de desarrollo, sino que mantuvo ésta en crecimiento hasta finales de siglo. Simultáneamente, la reorganización del sistema impositivo en el país facilitó la financiación de las políticas de industrialización, y la estabilización del rublo y la

introducción del patrón oro aseguraron la participación extranjera en el desarrollo de la industria rusa.

— En conjunto, los elementos básicos del atraso existente en la Rusia de los años noventa y en la Alemania de los cincuenta eran los mismos. Pero, sin embargo, las diferencias cuantitativas eran extraordinarias. En Rusia, la escasez de capital era tan grande que ningún sistema bancario hubiera podido conseguir atraer fondos suficientes para financiar una industrialización a gran escala. Por otra parte, existía tan poca honestidad en los negocios y la desconfianza general del público era tan enorme, que ningún banco hubiese confiado en atraer ni tan siquiera la pequeña cantidad de fondos que estuvieran disponibles. Por último, en una economía en la que casi se había llegado a elevar a la quiebra fraudulenta al rango de una práctica general en los negocios, ninguna institución de este tipo hubiera podido comprometerse con esperanzas de éxito en una política de concesión de créditos a largo plazo. Para poder conseguir el capital que la industrialización requería, fue necesario el funcionamiento de la máquina estatal que, con su poder obligatorio, y por medio de su política impositiva consiguió desviar las rentas del consumo a la inversión. No hay duda de que el Estado realizó su papel de *agens movens* de la industrialización, de una forma que distaba mucho de ser eficiente. Existía una gran incompetencia y corrupción por parte de la burocracia, y el despilfarro que acompañó a este proceso fue grande. Sin embargo, y a pesar de todos los defectos, no puede negarse el gran éxito alcanzado por las políticas seguidas bajo Vyshnegradski y Witte. Tanto en sus orígenes como en sus efectos, la política puesta en práctica por el gobierno ruso duran-

te los años noventa del siglo pasado mostró un gran parecido con la realizada por los bancos centroeuropeos. Como ellos, el Estado ruso no demostró ningún interés por la industria ligera; su atención se centró por completo en la producción de materias industriales básicas y maquinaria. Al igual que los bancos alemanes, la burocracia rusa se interesó principalmente por las empresas a gran escala y en la fusión y realización de políticas coordinadoras entre las empresas industriales cuya creación había favorecido o ayudado. Está claro que una buena parte del interés del gobierno en la industrialización se afirmaba sobre la base de su política militar, pero ésta no hizo más que reforzar y acentuar las tendencias básicas de industrialización en condiciones de atraso económico.

Quizá no haya nada que sirva mejor para poner de relieve las uniformidades básicas existentes en la situación de atraso, y en la dependencia que los instrumentos institucionales usados en un país tienen con respecto al mismo, que una comparación de las políticas seguidas dentro de las dos partes componentes de la monarquía austro-húngara, es decir, dentro de un mismo cuerpo político. La parte austríaca de esta monarquía, si bien estaba retrasada con relación a Alemania, pongamos por caso, estaba mucho más adelantada que la parte húngara. Por ello, en Austria propiamente dicha, los bancos pudieron dedicarse con éxito a promover las actividades industriales, mientras que, más allá de los montes de Leitha, en Hungría, sus actividades demostraron ser inadecuadas, y, hacia finales de siglo, el gobierno húngaro inició una vigorosa política industrializadora. En un principio, este gobierno demostró un gran interés por desarrollar la industria

textil de la región, pero resulta interesante observar la forma en que, bajo la presión de lo que a los franceses les gusta llamar "la lógica de las cosas", las uniformidades básicas se afirmaron por sí mismas, y las generosas subvenciones gubernamentales fueron desviándose de la industria textil hacia la promoción de la industria pesada.]

### EL GRADO DE ATRASO

Volviendo a nuestro modelo básico ruso-germano, debemos decir que lo anteriormente establecido no ha agotado todos los paralelismos existentes entre sus desarrollos. Subsiste todavía el problema referente a los efectos de las industrializaciones que alcanzan el éxito; es decir, a las que disminuyen el atraso de una manera gradual.

Hacia finales de siglo, o quizás algo antes, se pusieron de relieve los cambios operados en las relaciones entre los bancos y las industrias alemanas. Cuando las industrias que en un tiempo habían sido numerosas pasaron a alcanzar su mayoría de edad, no pudo mantenerse por más tiempo la ascendencia original e indiscutible que sobre ellas habían venido manteniendo los bancos. Este proceso en el que la industria se liberó de una tutela que le venía impuesta durante décadas, se manifestó de formas muy diversas. De una manera creciente, las empresas industriales dejaron de estar conectadas con un solo banco, para pasar a cooperar con varios, y así, a medida que los antiguos protectorados industriales pasaban a alcanzar su soberanía, iniciaban una política que consistía en cambiar

los términos de sus alianzas con los bancos; y muchos gigantes industriales, como por ejemplo, la industria eléctrica, que no hubiera podido desarrollarse sin la ayuda e intrepidez empresarial de estos organismos, comenzaron a establecer sus propios bancos. Alemania había pasado a ser una nación industrialmente desarrollada, y las condiciones de escasez de capital a las que sus bancos debían su posición histórica, habían desaparecido. Sin embargo, todavía habrían de persistir los rasgos específicos engendrados por un proceso de industrialización en condiciones de atraso, a saber, la estrecha conexión existente entre bancos e industria; si bien ahora la antigua relación de amo a criado hubiese dado lugar a una cooperación entre iguales, o, incluso, en algunos casos, se hubiesen invertido los términos de la relación.

En Rusia, el magnífico período de desarrollo industrial de los años noventa, fue interrumpido por la depresión de 1900 y por los años de guerra y de lucha civil que siguieron. Pero cuando el país salió de la época revolucionaria de 1905 y 1906, y volvió a alcanzar —en el período 1907-1914— una alta tasa de crecimiento industrial, el carácter del proceso de industrialización había cambiado enormemente. El Estado, si bien continuaba con la construcción de ferrocarriles, lo hacía a una escala mucho menor —tanto si se consideraba ésta en términos absolutos como en relación a la producción industrial, que ahora era superior—; disminución, que no logró compensarse por medio del incremento que tuvo lugar en el gasto militar. Por tanto, forzosamente, se llega a la conclusión de que en el último período de la industrialización, bajo un gobierno prerrevolucionario la importancia del papel

desempeñado por el Estado se redujo en gran medida.)

Al mismo tiempo, el modelo tradicional que había seguido hasta entonces el desarrollo económico ruso no llegó afortunadamente a completarse, y esta vez, la disminución de las actividades gubernamentales no condujo al estancamiento, sino que supuso una continuación del crecimiento industrial. La industria rusa había alcanzado una etapa en la que podía prescindir del apoyo gubernamental, quedando posibilitada para caminar por sí sola. Sin embargo, y debido al hecho de que en este país los bancos comenzaban ahora a desempeñar, por lo menos hasta cierto punto, el papel que había abandonado el Estado, el grado de independencia obtenido fue muchísimo menor que el alcanzado en la misma época por la industria alemana.

Durante los cincuenta años que habían transcurrido desde la emancipación, una gran transformación había tenido lugar en el sistema bancario. Hasta entonces, y debido al hecho de que había sido el gobierno quien había realizado la función de los bancos industriales, es decir, a causa del atraso del país, los bancos rusos se habían organizado como instituciones de depósito, esto es, siguiendo el modelo impuesto por la banca inglesa. Pero a medida que el desarrollo industrial iba produciéndose con rapidez y la acumulación de capital aumentaba, el patrón de conducta en los negocios iba occidentalizándose. Así, al ir desapareciendo la paralizadora atmósfera de desconfianza anteriormente reinante, se establecieron las bases para que surgiese un tipo de institución diferente. De forma gradual, los bancos de depósito con sede en Moscú fueron siendo sustituidos por los de San Petersburgo, los cuales se regían de acuerdo con los principios esta-

blecidos por la banca alemana. En resumen, después que se hubo conseguido reducir el atraso económico del país por medio de los procesos de desarrollo industrial patrocinados por el Estado, se pudo pasar a aplicar unos instrumentos de industrialización que, siendo diferentes, convinieran mejor a la nueva fase de atraso en la que se había entrado.

#### IDEOLOGÍA DE LAS INDUSTRIALIZACIONES TARDÍAS

Antes de llegar a establecer conclusiones de carácter general, debemos mencionar otro aspecto de la industrialización en circunstancias de atraso económico. Hasta ahora, hemos estado viendo la relación existente entre el carácter del desarrollo industrial y sus vehículos institucionales, con respecto al grado de atraso de un país. Ahora nos quedan por decir unas palabras sobre el clima ideológico en el que la citada industrialización tiene lugar. Vamos a volver de nuevo a la instructiva historia de la industrialización francesa bajo el reinado de Napoleón III. En ella resulta posible observar que una gran parte de los hombres que alcanzaron posiciones de influencia política y financiera cuando su advenimiento al poder, no eran bonapartistas aislados, sino que pertenecían al grupo bien definido de los socialistas saintsimonianos. En principio, resulta sorprendente que un hombre como Isaac Pereire, que fue quizá la persona que más contribuyó a extender el capitalismo moderno en Francia, fuese —y continuase siendo hasta el final de sus días— un ardiente admirador de las doctrinas de Saint-Simon. Sin embargo, no lo resultará tanto si tenemos en

consideración unos cuantos detalles que resultan pertinentes en este caso.

Podría decirse que Saint-Simon distaba mucho de ser socialista, que en su visión de la sociedad industrial apenas distinguía entre patronos y obreros, y que consideraba que la forma política adecuada para su sociedad del futuro era cierto tipo de estado social en el que los líderes de la industria realizarían las funciones políticas más importantes. Sin embargo, este tipo de razones no nos aclararían demasiado las cosas. Saint-Simon estaba profundamente interesado en lo que él solía llamar "la clase más doliente y numerosa"; y lo que todavía resulta más importante, sus doctrinas, tal como sus discípulos —especialmente Bazard— las explicaron y difundieron, comprendían un buen número de ideas socialistas, entre las que se incluía la abolición de la herencia y el establecimiento de un sistema de planificación económica destinado a dirigir y a fomentar el desarrollo de la economía del país. Los Pereire aceptaban esta interpretación de las doctrinas de Saint-Simon.

Para facilitar nuestra comprensión, resulta más adecuado el hecho de que, tanto Saint-Simon como sus seguidores, subrayaban la importancia de la industrialización y la gran tarea que se asignaba a los bancos como instrumentos de organización y desarrollo de la economía. No hay duda de que los creadores del Crédit Mobilier, que tan atraídos se sentían a considerar su institución como "un banco dirigido hacia un poder superior", y a ellos mismos, más "misioneros" que banqueros, se sintieron seducidos por esta idea. El hecho de que Saint-Simon, al poner de relieve la importancia de la función que habían de tener los ban-

cos en el desarrollo económico, pudiese de manifiesto una visión real y verdaderamente sorprendente de los problemas implícitos en el mismo, es tan cierto como decir que sus ideas influyeron de la forma más decisiva en el curso de los acontecimientos económicos, tanto dentro como fuera de Francia. Pero seguimos sin resolver el problema de por qué se cubría una idea esencialmente capitalista con la bandera socialista, y por qué el más grande de los empresarios capitalistas con que ha contado Francia a lo largo de su historia, aceptó de tan buena gana, la forma que esta ideología le brindaba.

Parece que en este caso, también puede llegarse a la solución del problema, si planteamos éste basándonos en las características del atraso en que el país se hallaba sumido. Saint-Simon, que era amigo de J. B. Say, no había sido nunca contrario a las ideas que la política del "laissez-faire" entrañaba. Por otra parte, Chevalier, uno de los autores del Tratado Franco-Inglés de Comercio de 1860, que se inscribe en el gran período de libre comercio europeo, fue un ardiente admirador de las doctrinas de Saint-Simon. Con todo, dadas las condiciones en que Francia se encontraba, una ideología liberal resultaba totalmente inadecuada como vehículo espiritual de un programa de industrialización.

Para conseguir romper los diques del estancamiento en un país atrasado, y para inflamar la imaginación de los hombres, haciendo que éstos pongan sus energías al servicio del desarrollo económico, se necesita algo más fuerte que la promesa de una mejor distribución de los recursos, o, incluso, que una disminución del precio del pan. En tales condiciones, incluso los

hombres de negocios —comprendiendo dentro de los mismos al clásico empresario osado y emprendedor— necesitan un estímulo más poderoso que la perspectiva de conseguir unos beneficios elevados. Lo que se necesita para mover las montañas de la rutina y el prejuicio es fe; fe, en palabras de Saint-Simon, en que los años dorados de la humanidad no han pasado, sino que por el contrario están a la espera del género humano. Por algo Saint-Simon dedicó los últimos años de su vida a la formulación de un nuevo credo, el nuevo cristianismo, pasando incluso por que Augusto Comte rompiera con él, acusándole de "traicionar a la ciencia". Lo que en Inglaterra era bastante, en Francia no resultaba suficiente.)

Poco antes de su muerte, Saint-Simon pidió a Rouget de Lisle, el anciano autor de *La Marsellesa*, que compusiera un nuevo himno, una "Marsellesa industrial". Rouget de Lisle accedió a sus deseos. En el nuevo himno, el hombre que una vez había invocado a los "enfants de la patrie" para que sostuvieran una guerra sin cuartel contra los tiranos y sus cohortes mercenarias, se dirigía ahora a los "enfants de l'industrie"—los "auténticos nobles"— quienes, mediante la difusión de las artes industriales y el sometimiento del mundo a las pacíficas "leyes industriales", asegurarían la felicidad a "todos los hombres".

No se sabe que Ricardo inspirara a nadie para que cambiase el *Dios salve al rey* por "Dios salve a la industria". No es que nadie quiera aquí poner en duda la fuerza de la apasionada elocuencia de John Bright, pero en un país avanzado no resulta necesario reforzar con un fervor cuasi-religioso, los argumentos racionales en favor de la industrialización. Buckle no

estaba muy desencaminado cuando en un famoso episodio de su *History* dice que la conversión al libre comercio de la opinión pública inglesa se logró a fuerza de una lógica incontrovertible. En un país atrasado, el esfuerzo rápido y grande necesario para la industrialización requiere un *New Deal* emocional. Según palabras de Matthew Arnold, tanto los que realizan la gran transformación como aquellos sobre los que se imponen las cargas de la misma, deben sentir que

*... Clearing a stage  
Scattering the past about  
Comes the new age.*<sup>3</sup>

Después de todo, puede que el hecho de que una industrialización capitalista se coloque bajo los auspicios de ideologías socialistas resulte un fenómeno menos sorprendente de lo que a primera vista parece.]

En forma similar, las teorías de Friedrich List sobre la industrialización pueden considerarse en gran parte como un intento, realizado por un hombre que había mantenido con Saint-Simon un estrecho contacto personal, para traducir el inspirado mensaje de este último en un lenguaje que el medio ambiente alemán pudiese aceptar. [El hecho de que en este último no se hubiese dado una revolución política ni una unificación nacional temprana, hizo que el sentimiento nacionalista resultase la ideología más conveniente a la industrialización.]

Después de lo que acabamos de explicar, puedo

3. ...Despejando el escenario / dispersando el pasado / llega la nueva era.

que no resulte tan extraño afirmar que en la industrialización rusa de los noventa, el marxismo ortodoxo desempeñó una función muy similar. Nada podía reconciliar mejor a los intelectuales rusos con el advenimiento del capitalismo y con la destrucción de su antigua fe en las comunas del pueblo y en los gremios obreros, que un sistema de ideas que presentase la industrialización capitalista del país como el resultado de una ley de hierro del desarrollo histórico. Esta relación explica en gran parte el poder que manejaba el pensamiento marxista en Rusia cuando se extendía a hombres como Struve, e incluso como Milyukov, cuyo *Weltanschauung* era ajeno por completo a las ideas del socialismo marxista. En las condiciones de atraso absoluto imperantes en Rusia, el engrase de las ruedas intelectuales y emocionales de la industrialización requería una ideología mucho más poderosa que la que Francia o Alemania podían necesitar. En este sentido, parece como si la graduación institucional del atraso encontrase su contrapartida en la forma en que los hombres lo consideran, y en el modo por el que pueda ponerse fin al mismo.

#### CONCLUSIONES

La historia de la industrialización europea del siglo xx proporciona unos puntos de vista que pueden resultar de utilidad para estimar adecuadamente los problemas de nuestros días, que son:

1. Si se considera que el carácter eruptivo de la industrialización del continente europeo durante el siglo pasado fue el resultado de las situaciones prein-

dustriales características de los países atrasados, y si se piensa que éstas llevan implícitas las presiones que hacen que se consiga un ritmo de industrialización rápido, resultará más fácil comprender a los gobiernos de los países atrasados en las numerosas ocasiones en que manifiestan sus aspiraciones en este sentido. Es posible que de esta manera parezca menos absurdo eslóganes tales como el de "¡Fábricas, rápido!", que desempeñó un papel tan importante en las discusiones de las secciones pertinentes de los estatutos de la Organización Internacional de Comercio.

2. En forma similar, no será necesario considerar las tendencias de los países atrasados a concentrar sus esfuerzos para conseguir introducir la técnica más cara y moderna, a subrayar la importancia de las plantas de gran tamaño y a desarrollar las industrias productoras de bienes de inversión, como derivadas en su mayor parte de una cuestión de prestigio y de megalomanía económica.

3. El hecho de que en cada caso de industrialización se combine la parte que constituye una imitación de la evolución de los países avanzados con elementos de carácter indígena, es lo que hace que a los primeros les resulte tan difícil valorar adecuadamente las políticas de industrialización de sus hermanos menos afortunados; ya que si muchas veces no les es fácil aceptar lo primero, es decir, el plagio de que se les hace objeto, todavía les suele resultar mucho más difícil conformarse con lo segundo. Esto es particularmente cierto por lo que se refiere a los instrumentos institucionales utilizados para llevar a cabo el desarrollo industrial, y todavía más, cuando se trata de las ideologías que acompañan a éste. En tal sen-

tido, lo que puede derivarse del examen histórico es la impresión de que los elementos nativos son de gran importancia en la industrialización de los países atrasados.

Por medio de la destrucción de lo que Bertrand Russell llamó una vez el "dogmatismo del que no ha viajado", una gira a través del siglo pasado puede ayudarnos a formular una opinión más amplia y clara de los problemas que tratamos, y a reemplazar las nociones absolutas de lo que está "bien" y de lo que está "mal" por una aproximación más flexible y adecuada.

No es que aquí se trate de sugerir que las políticas actuales con respecto a las áreas atrasadas deban formularse sobre la base de la experiencia general proporcionada por el siglo pasado, sin tener en cuenta en cada caso particular cómo está dotado el país de recursos naturales, los inconvenientes climáticos, la fuerza con que los elementos institucionales se oponen a la industrialización, el tipo de comercio exterior, y otros factores pertinentes. Pero lo que reviste mayor importancia es el hecho de que, por muy útil que pueda ser la enseñanza proporcionada por el siglo XIX, no puede aplicarse de forma adecuada si no se comprende el clima del siglo actual, que ha hecho que los problemas a que nos estamos refiriendo presenten aspectos nuevos e importantes.

Como hoy en día el problema de la industrialización de las zonas atrasadas afecta principalmente a los países no europeos, surge la cuestión relativa a los efectos que el desarrollo cultural alcanzado en cada zona antes de la industrialización pueda tener sobre sus potencialidades de desarrollo industrial. En este aspecto, la investigación antropológica que se ha rea-

lizado sobre estos tipos culturales, ha tendido a establecer unas conclusiones bastante pesimistas sobre las mismas. Pero es probable que esto haya sucedido así, por no haber tenido en cuenta su perspectiva dinámica o cuando menos por no haber valorado las posibilidades específicas de cambio que encierran los factores individuales comprendidos. En este sentido, la experiencia rusa de las últimas décadas del siglo pasado, en la que se pone de relieve como una forma de vida que había sido tan opuesta al reconocimiento de los valores industriales, y que había tendido a considerar artificial y pecaminosa cualquier actividad económica fuera de la agricultura, dio paso con rapidez a unas actitudes completamente distintas y, en particular, el hecho de que de entre aquellos hombres con pasado de siervos-campesinos, surgiesen rápidamente empresarios nativos, debería hacer vacilar a aquellos que consideran la ausencia de cualidades empresariales en los países atrasados como un factor frustrador tan importante. No obstante, existen también otros problemas.

En algunas áreas atrasadas de gran extensión, el hecho de que el desarrollo industrial se haya demorado por tanto tiempo, juntamente con la existencia de un número de oportunidades para el progreso técnico que no habían tenido precedente, ha creado grandes obstáculos para la industrialización. (El progreso industrial es caro y difícil de lograr; el progreso médico, resulta más barato y fácil de conseguir.) Y así, en la medida que este último se ha dado con antelación considerable al primero, se ha producido un exceso de población formidable, haciendo que quepa la posibilidad de que las contrarrevoluciones maltusianas

puedan llegar a frustrar las revoluciones industriales.

Por otra parte, el hecho de que los grandes retrasos o demoras en la industrialización de un país tienden a dejar que transcurra el tiempo suficiente para que se desarrollen las tensiones sociales, y lleguen a adquirir proporciones siniestras, está estrechamente relacionado con lo que hemos dicho anteriormente, pero sus efectos resultan muchísimo más importantes. Podría citarse aquí el caso de México, ejemplo que dista mucho de ser extremo, donde los bancos establecidos se han resistido a cooperar en unas actividades de industrialización, patrocinadas por un gobierno de cuyo matiz radical desconfiaban. De todas formas, el ejemplo que resulta aquí más a propósito y que eclipsa a todos los demás por su alcance e importancia, es sin duda el de la Rusia soviética.

Si lo que se ha dicho en las páginas anteriores tiene validez, la industrialización rusa contiene indudablemente todos los elementos básicos comunes a los desarrollos industriales de los países atrasados en el siglo XIX. El poner de relieve la industria pesada y las plantas de gran tamaño no es en modo alguno característico de la Rusia soviética, pero lo que sí es cierto es que este país ha exagerado y falseado fuera de toda proporción estos rasgos comunes de los procesos de industrialización de los países atrasados.

El problema que aquí se plantea es tanto político como económico. El gobierno soviético puede describirse propiamente como un producto del atraso económico del país. Tanto si la servidumbre se hubiera abolido durante el reinado de Catalina la Grande, o cuando el levantamiento decembrista de 1825, el descontento del campesinado —que fue la fuerza que dirigió

y consiguió el éxito de la revolución rusa— nunca hubiera alcanzado unas proporciones tan desastrosas, si el desarrollo económico del país hubiera tenido lugar de una forma más gradual. Si hay algo que sea una "afirmación histórica fundada", es la siguiente: la tardanza con que se dio la revolución industrial fue la culpable de una revolución política, durante la cual el poder cayó en manos de un gobierno dictatorial, al que con el paso del tiempo habría de oponerse una gran mayoría de la población. Ahora bien; una cosa es que este tipo de gobierno consiga ganar el poder en un momento de gran crisis, y otra diferente es que logre mantenerse en el mismo durante un largo período de tiempo. Por muy fuerte y eficiente que fuese el ejército y la policía secreta que tal gobierno pudiera tener a su disposición, resultaría ingenuo creer que estos instrumentos de opresión física pueden resultar suficientes. Un gobierno como éste sólo puede mantenerse en el poder si consiga hacer creer a la gente que está realizando una importante función social que en su ausencia no podría realizarse.

La industrialización cumplió esta función para el gobierno soviético ya que todos los factores básicos en la situación del país presionaban en esta dirección. Volviendo a un tipo de desarrollo económico que era propio de una época que había acabado hacía ya mucho tiempo, sustituyendo la servidumbre por la colectivización y pujando la tasa de inversión hasta el máximo que la población podía resistir, el gobierno soviético hizo, apoyado en el consenso de la población, lo que ningún otro hubiera podido conseguir. No puede negarse que después de haber atravesado un período de luchas violentas, esta política condujo a

una fricción diaria y permanente entre el gobierno y la población, pero, al mismo tiempo —y por paradójico que pueda parecer—, llegó a alcanzar un amplio consentimiento por parte de esta última. Si se consigue que todas las fuerzas de la población colaboren en el proceso de industrialización, logrando justificar éste por medio de una promesa de abundancia y felicidad para las generaciones futuras, y lo que es más importante, por la amenaza de una agresión militar desde más allá de las fronteras —justificación que, tal como demuestran los años de guerra fría, es muy fácil de alcanzar—, el gobierno dictatorial conseguirá que su poder sea considerado indiscutible por la mayoría. De esta forma, el atraso económico, la industrialización rápida, el ejercicio sin piedad del poder dictatorial y el peligro de la guerra, han pasado a estar estrechamente entrelazados en la Rusia soviética.

Este no es el lugar adecuado para seguir tratando esta cuestión referente a la Rusia soviética. El problema que aquí nos interesa no es el de este país, sino el que se plantea en relación con las actitudes que en los países atrasados se adoptan hacia la industrialización. Pero si alguna enseñanza se deriva de la experiencia soviética ésta es la de demostrar *ad oculos* el gran peligro que encierra el hecho de que actualmente existan áreas económicamente atrasadas. A través de los parques del progreso industrial no hay caminos que se bifurquen en cuatro senderos. Aquí, el tomar una dirección puede conducir del atraso a la dictadura, y de ésta a la guerra. Además, en un "mundo bipolar", estas siniestras consecuencias se modifican y agrandan, debido al hecho de que otros países atrasados imiten de forma deliberada la política rusa, in-

corporándose voluntaria o involuntariamente a la órbita soviética.

Por tanto, podemos terminar diciendo que tanto la experiencia histórica del siglo pasado como la del actual pueden ayudarnos a obtener conclusiones. La enseñanza fundamental que el siglo XIX nos puede proporcionar es hacernos comprender que los problemas de las naciones atrasadas no son exclusivamente suyos, sino que atañen igualmente a los países avanzados. No sólo Rusia, sino el mundo entero está pagando el precio de no haber conseguido emancipar antes a los campesinos rusos y de no haber iniciado la política de industrialización en el momento oportuno. Los países avanzados no pueden permitirse ignorar el atraso económico. Pero, al mismo tiempo, el siglo XIX enseña que es difícil que las políticas que se adopten con respecto a las áreas atrasadas tengan éxito, si se ignoran las peculiaridades básicas del atraso económico. Únicamente reconociendo de una manera franca que éstas existen y que tienen una gran fuerza, y tratando, no de sofocar, sino de desarrollar de una manera total lo que Keynes llamó una vez "las posibilidades de las cosas", podrá usarse la experiencia del siglo XIX para conjurar la amenaza que su sucesor representa.

## CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE «PRERREQUISITOS» DE LA INDUSTRIALIZACIÓN MODERNA

lleva una proposición, un enfoque o una tipología hasta los límites de su capacidad de aplicación cuando puede estimarse plenamente su valor. Si, en el proceso de descubrir las discrepancias entre las viejas previsiones y los nuevos materiales, el historiador se siente movido a iniciar la búsqueda de un nuevo principio de organización que conduzca a una nueva tipología y a nuevos caminos para la investigación, el viejo sistema de tipos y subtipos se habrá justificado doblemente como instrumento de análisis histórico.

Debe insistirse en que la discusión precedente no tiene el propósito de vindicar una única tipología de la historia industrial moderna. Su propósito ha sido el de ilustrar con la ayuda de un caso posible los problemas de construcción y de concepción implicados. Estimule o no otros enfoques el ejemplo escogido, cabe esperar que se construirán otras tipologías y es razonable prever que nuevas clarificaciones surgirán de una confrontación entre diversas tipologías. Se ha dicho acertadamente que solemos comenzar clasificando problemas y que, después, pasamos a clasificar las formas de clasificar problemas. Tal vez lleguemos eventualmente a obtener algo así como una tipología de tipologías del desarrollo industrial, que nos permita formular nuevas preguntas y encontrar nuevas respuestas en el proceso sin término de la investigación.

## INDICE

El atraso económico en su perspectiva histórica.	5
Consideraciones sobre el concepto de "prerrequisitos" de la industrialización moderna. .	49
Rosario Romeo y la acumulación primitiva de capital . . . . .	89
Algunos problemas metodológicos de historia económica . . . . .	139
La tipología del desarrollo industrial como instrumento de análisis . . . . .	167